



LECCIÓN INAUGURAL DEL CURSO DE LA UNIVERSIDAD SERTORIANA DE HUESCA CON MOTIVO DE LA FESTIVIDAD DE SAN LUCAS

hoy me siento un intruso y tan sólo esa incapacidad permanente de este escribano a utilizar la palabra “no” explica que hoy haya cambiado de espacio en este maravilloso Colegio Imperial de Santiago. En realidad, como en las anteriores aperturas del Curso Universitario de la Universidad de Huesca, debiera estar apenas a dos metros de aquí, grabando un video y escuchando. Es, con la lectura, método de aprendizaje, siguiendo el consejo de Plutarco de que, para saber hablar, hay que saber escuchar.

Insisto en los temores que me han acompañado hasta aquí, convencido de la certeza de ese proverbio que asegura que del escuchar procede la sabiduría, del hablar el arrepentimiento. Me siento como “El intruso” de Blasco Ibáñez, y abstrayendo su moraleja narrativa, quiero entender que lo que es hoy Huesca procede de las raíces de cientos de generaciones que arrancaron, como hito constituyente de Huesca, aquel 12 de marzo de 1354.

Esta es una de las lecciones que absorbí de aquellas jornadas que arrancaron el 22 de marzo de 2022, cuando me hallaba en el desierto laboral que, como sucedió también en la propia experiencia del Cristo, no era sino el preludio de un oasis profesional. Cuando irrumpí en Santa María In Foris atraído no sé por qué ni para qué a las Jornadas de Studiosi Pro Universitate Sertoriana, incipiente asociación cuya naturaleza también

desconocía, sentí un renacimiento sobre mi anterior estado depresivo, ya dejado atrás, por la vía infalible del ser humano y esencialmente del ser humano periodístico, que es la curiosidad. La facultad que distingue al ser humano avizorado del que pasta en este valle de lágrimas. El valor que diferencia también entre los periodistas que pululan y los que se hacen preguntas. Juan Pablo II sostenía que los medios de comunicación han acostumbrado a ciertos sectores sociales a escuchar lo que halaga los oídos. El método genuino es más propicio a la observación como gran fuente de oportunidades profesionales y vitales.

En realidad, todas las personas actuamos en consonancia con nuestras inspiraciones. Alineamos nuestra voluntad sobre los cimientos intelectuales y sentimentales que hemos fraguado en la vida. Una de mis fuentes permanentes de pensamiento es don Luka Brajnovic, mi maravilloso profesor croata de Deontología Periodística que antepónía todo al sentido de trascendencia y al humanismo.

Don Luka, perseguido y confinado en campos de concentración de toda orientación ideológica, incluso de los aliados, sostiene en su reputado tratado con el título de la que fue su asignatura en Navarra que “el hombre vale en la medida en que es capaz de amar, de pensar, de juzgar y valorar sus actos y de actuar libremente (por su propia voluntad) eligiendo el bien y evitando el mal”. Esta sensata definición no empece para la relatividad del concepto del bien y el mal, más espiritual o material. Todo puede tener algo de verdad, pero no la abarca toda.

Es en la mirada en la que el ser humano encuentra su sentido. Y, en ocasiones, por la mirada se cruzan estímulos que, racionalizados, pueden suponer un cambio en la existencia.

Ni siquiera recuerdo qué impulso o qué consejo me llevó hasta Santa María in Foris donde se reflejaba aquel cartel: “Universidad Sertoriana de Huesca. 4 Jornadas para conocerla mejor”.

No dejaba de resultar una incoherencia que, en mi ejercicio renacentista del periodismo (he escrito sobre política, economía, motor, gastronomía, deportes, cultura, sociedad, quizás sin enterarme en profundidad de nada), apenas manejara unas nociones superficiales sobre la Universidad de Huesca.

En ocasiones, la extrañeza y la autoflagelación representan un acicate. Ahora, a apenas 34 días de cumplir 40 años de fateza, esto es, de mi llegada a Huesca, me pregunto la causa del tiempo perdido sin haber exprimido la curiosidad para algo tan consustancial a la ciudad que me acogió aquel 2 de diciembre de 1985. E invito a los oscenses a preguntarse: ¿por qué conocemos tan poco de la Universidad Sertoriana de Huesca?

Desconozco, por motivos obvios, cuál sería la sensación, la estupefacción, el asombro de Pablo de Tarso en su caída del caballo camino de Damasco. Sí he aprehendido la certeza de que aquella sesión fue todo un descubrimiento. Probablemente, el año anterior ya padecía el aturdimiento de la anunciada Espada de Damocles sobre mi cráneo y no fui consciente de la presentación del libro colectivo “La Universidad de Huesca (1354-1845). Quinientos años de historia” que vio la luz pública en el Salón del Tanto Monta dentro de la colección Palmyranus del Instituto de Estudios Humanísticos de Alcañiz junto a la Universidad de Lisboa y la Universidad Autónoma de México.

Una pregunta más para la confusión propia: ¿cómo carajos vienen a editar un libro sobre nuestra Sertoriana desde Alcañiz, Lisboa y no digamos México? ¿Y qué interés tiene un señor como José María Maestre desde su Andalucía por Huesca?

Uno, de natural limitado, parecía sufrir una alucinación. Como dicen los modernos, un flipe. Como si fuera un diván personal, en cuatro tardes entendí que aquellos señores no eran unos frikis –aunque algo de ello tienen en sentido estricto-, sino que estaban trabajando por una verdad. No una verdad personal, sino una verdad de Huesca. Una invitación a la cariacontecida capital y a la provincia a compartir un tesoro, porque los tesoros se miden en quilates de autenticidad, de singularidad y de verdad.

Ese 22 de marzo, se abrió ante la pantalla imaginaria de nuestro entendimiento una nueva función para aprender y querer mejor a nuestra ciudad y nuestra provincia. Un relato comenzado desde el origen, tras la introducción del presidente, y explicitado por el profesor Francisco Bartol, quien contextualizaba el privilegio de Pedro IV el Ceremonioso en las Cortes de Alcañiz en el nacimiento de las instituciones educativas superiores. Me llamó la atención sobremanera un epitafio que explica su desaparición 491 años después: “Huesca, la ciudad universitaria que no dejaron ser”. Pero, retornando al origen, aquella exclusividad decretada por el monarca

significaba que las materias de Teología, Derecho, Medicina, Filosofía y Artes comenzaban a impartirse en las décadas posteriores aprovechando las excelentes condiciones naturales, atmosféricas y culturales de una pequeña urbe con aguas límpidas, huertas fértiles y un ambiente propicio para la universidad. “Un paraíso de felicidad y fertilidad, con un purísimo aire y famosa por sus delicados alimentos”.

En esa misma jornada, el propio profesor Bartol nos instruía sobre el litigio entre Huesca y Zaragoza después de que Carlos V otorgara un privilegio en las Cortes de Aragón en Monzón apoyado por el pecunio de Pedro Cebuna, con oposición por parte de Huesca.

El tercer impacto llegaba por la figura de Juan Huarte de San Juan, desglosada por Sergio Paúl Cajal. Precursor de la psicología positiva moderna, su Examen de Ingenios para las Ciencias escrito en 1557 vetado por la Inquisición es un prodigo de adelantamiento a su tiempo. Una obra de la vanguardia de hoy.

En aquellas jornadas, de las que me permito explicarles estos pequeños detalles porque no hubo demasiada luz mediática, la segunda sesión reunió la palabra de Antonio Naval Más, que describió la arquitectura y el arte del Teatro-Paraninfo en el hoy Museo Provincial en que se desarrollaron las dos conferencias. Pero, sobre todo, incitó a la reflexión general sobre la trascendencia que, a lo largo de los tiempos, tuvo la Universidad Sertoriana para definir una atmósfera cultural que ha llegado hasta nuestros tiempos. Una influencia que explica la exuberancia de las manifestaciones creativas en nuestra ciudad insufladas por la renacentista huella universitaria. “El periodo largo de la Universidad Sertoriana marcó esta ciudad. Huesca tiene un nivel cultural muy activo, precisamente porque durante muchos años ha sido importante la universidad”.

Y Antonia Buisán recorrió la personalidad de Fray José Abad, profesor de Teología, vicario general, Catedrático de Filosofía y fundador de la Escuela de Cristo, una de las plumas más fructíferas y delicadas que haya visto Aragón, amigo además de los Argensola y de Juan Orencio Lastanosa, y autor de un celebrado panegírico al patrón: “San Lorenzo es el sol que alumbría a los oscenses y la ciudad de Huesca siempre esclarecida por su luz”. El próximo año se cumplirán 360 años de esta composición.

La tercera sesión trasladó el interés de la palabra hacia donde lucen cuadros, símbolos y otros detalles de la Universidad Sertoriana, la sala del claustro del Instituto Ramón y Cajal, a la sazón su sucesor. Allí Manuel Pedraza desveló la realidad de la imprenta universitaria que fue oficio de una época. La catedrática Rosa Marina apuntaló la pulsión de Huesca por las disciplinas de Humanidades y los frutos de la Escuela de Gramática como revelan grandes estudiosos como Ricardo del Arco, Antonio Durán Gudiol o Federico Balaguer. Y el profesor Guillermo Vicente reivindicó la amplitud de sus enseñanzas, la profundidad de las disciplinas jurídicas y el valor de figuras como Diego Vincencio de Vidania –un personaje colosal autor de El Derecho Natural Innato- y Joaquín María Palacios, que actualizó las instituciones de Derecho Civil de Castilla de Ignacio de Aso. En aquella tarde densa en conocimientos, Ricardo Paniagua describió el papel de los agustinos en las universidades aragonesas no sólo en materias teológicas, sino en otras como las artes. 23 grandes referentes en la Sertoriana con firmas brillantes como Pedro Malón de Echaide, Alonso Gudiel y Pedro de Aragón.

El colofón transitó de la introspección hacia las entrañas de nuestra historia a la expansión geográfica de la influencia y la afluencia sertoriana. Bizén d'o Río, cuya contribución a la causa de Studiosi pro Universitate Sertoriana no sólo es impagada sino que es impagable, realizó un prolífico recorrido por personajes destacados de la Universidad de Huesca oriundos de la comarca de La Hoya-Sotonera en el salón de actos del Ayuntamiento boleano. Bizén, que enmarcó la sociología de esos siglos, reveló que de Bolea egresaron 171 alumnos desde 1541, en disciplinas como Teología, Derecho, Medicina o Filosofía. De Bolea surgieron juristas, teólogos, médicos, arcedianos, académicos, rectores, dignatarios en las Américas e incluso un alcalde de Lima. La muerte de la Sertoriana, concluyó parafraseando a su mentor y maestro, Federico Balaguer, fue la de "un emporio de las ciencias, cuna de la literatura patria y recuerdo glorioso de la antigüedad".

En aquella ocasión, entre el público, como si quisiera erigirse en Sertorio justiciero, manó la palabra dulce pero severa de Macario Olivera, un Studiosi que nos dejó huérfanos de su sabiduría ya, para significar la perversión del "enterrador" Jorge Sichar, revelador de la fateza de una ciudad –en alusión a una frase de Manuel Benito Moliner- que sostiene y no enmienda la afrenta de tener en su callejero a quien dio la última vuelta de llave a su universidad. El autor de "La Universidad de Huesca entre la

memoria y el futuro” le atribuye un rol más protagonista del que se ha querido hacer ver con el pretexto del decreto recentralizador de las universidades, y es que sólo desaparecieron tres. Así tronó el bueno de Macario: “Fue su propia avaricia. Ya tenía comprometido su puesto en Zaragoza para la Cátedra de Derecho donde cobraba mucho más”.

Dejaron tal poso aquellas jornadas que era el momento de una presentación oficial de Studiosi Pro Universitate Sertoriana. El 25 de octubre de ese 2022 la repleta Capilla de la Universidad del Museo Provincial acogía la jornada de este grupo de profesores dispuestos, por un contrato tácito firmado con la verdad y el rigor histórico, a traer a la luz a los grandes pensadores, catedráticos, filósofos, teólogos, matemáticos, juristas y otros referentes internacionales de diferentes disciplinas.

Allí, Francisco Bartol Hernández describía con todo lujo de detalles el “Privilegio de fundación de la Universidad de Huesca: lectura y comentario de fragmentos selectos del Privilegio de Pedro IV (1354)”.

Laura Alins desmitificó algunas visiones intencionadas desde los sólidos cimientos de su tesis doctoral, “La Universidad de Huesca en el siglo XIX”. Y Macario Olivera Villacampa contextualizó las circunstancias y los personajes que marcaron la desaparición de la Sertoriana.

Que la Universidad mantenía su efervescencia de producción educativa en el siglo XIX, pese a la reducción de las rentas consecuencia en primer lugar de la Desamortización de Mendizábal de 1835-37, queda nominalizado: el Conde de Aranda, José de Cistué, Antonio Veian y Monteagudo, Pedro Ric, Valentín Carderera y su hermano Custodio, o Mariano Castillón, entre otras figuras que poblaron grandes cargos nacionales e internacionales.

CONTROVERSIA Y FAKE NEWS

La actividad de Studiosi pro Universitate Sertoriana se ha acentuado en estos tres últimos años y ha contribuido a la cultura de la ciudad, aunque probablemente menos de lo que nos gustaría a sus integrantes. Que la historia no cotiza en estos tiempos de inmediatez más que sobre determinadas épocas turbulentas en el imaginario colectivo es una evidencia. Pero esta no es una historia cualquiera, que es una identidad, que es una raíz directa, que es una esencia que, de ser desconocida, representaría una renuncia a la propia integralidad que resume la frase del oráculo de Delfos: “Noscere te ipsum”, conócete a ti mismo.

Y, por otro lado, la simple observación revela una cierta impopularidad en determinados ámbitos del saber universitario por esta iniciativa que no es sino una humilde vocación de servicio al conocimiento y el enriquecimiento de la naturaleza propia de la ciudad y de todos los territorios de la influencia sertoriana a través de la divulgación. Ni más, ni menos.

Desde posicionamientos dogmáticos e ideológicos no se duda en poner en cuarentena la realidad de la Universidad Sertoriana de Huesca en un negacionismo irracional e ignorante que no duda en utilizar noticias falsas y conceptos más propios de la posverdad que del amor a la verdad histórica.

Y hallamos una paradoja: mientras es editado el segundo gran volumen de la Colección Palmyrenus dirigido por el profesor Cuevas, “Humanismo y poder: circunstancias de la Universidad de Huesca”, gracias a ese triángulo virtuoso Alcañiz-Lisboa-Méjico, en determinados ámbitos de la enseñanza superior se niega el pan y la sal a los grandes ejes del desarrollo de la Sertoriana.

Para ser justos y no incurrir en la generalización, hay exponentes valerosos y valiosos de ilustres historiadores de la ciudad Estado cuyas contribuciones al conocimiento de la causa han sido extraordinarias.

Quiero enumerar las aportaciones a este volumen de Humanismo y Poder que data de verano de 2024 porque me parecen reveladoras de la verdad de la Sertoriana. Financiación y rentas en la Universidad de Huesca por José Antonio Gracia Vicién; El fortalecimiento de la Universidad de Huesca a principios del siglo XVI: coyuntura, estrategias y protagonistas por María Celia Fontana; La llegada del humanismo y del erasmismo a Huesca a través de su Universidad por Sergio Paúl Cajal; Catedráticos del convento de San Agustín de Huesca en las aulas universitarias oscenses por Ricardo Paniagua Miguel; La imprenta universitaria oscense por Manuel José Pedraza; El humanista Pedro Simón abril en litigio entre las universidades de Huesca y Zaragoza por Antonio Beltrán Cebollada; La heráldica y emblemática en la disputa universitaria de Huesca y Zaragoza: entre la instrumentación de la historia y la legitimidad del pasado por Alberto Aguilera; el Colegio de Jesuitas de Huesca y las Escuelas de Gramática y Latinidad por José Antonio Ferrer Benimeli; La enseñanza del ius romanum en la Universidad Setoriana en el siglo XVII por Francisco Bartol y Ana Martín Minguijón; Poemas latinos en la Palestra Numerosa Austríaca de Rosa Marina; Diego Vidania y su defensa del aristotelismo escolástico de Guillermo Vicente; Tres epigramas

neolatinos compuestos en Huesca para el funeral de Mariana de Austria por Gonzalo Fontana; La enseñanza de filosofía en la época universitaria de Victorial de Villava por José María Lahoz; Circunstancias de la supresión de la Universidad de Huesca en 1845 por Pablo Cuevas; los Colegios de la Sertoriana y sus “repasos” por Antonio Naval Más; y Huesca, de Universidad a Instituto: elementos de continuidad, de Juan Francisco Baltar.

Ya ven, dieciocho mentes tejiendo teorías en torno al sexo de los ángeles.

Recientemente, escuchaba este intruso de aquí y ahora de boca de un conspicuo historiador oscense tres reparos a la consideración de la Universidad Sertoriana de Huesca. En tiempos de modernidad líquida y de abandono de la firmeza en las convicciones, podrían haber pasado inadvertidos y, por tanto, validados para el foro que debatía de lo divino y lo humano por la complicidad del silencio. Evidentemente, conocida mi querencia a no callar ni debajo del agua, negué tras tres aventureras y febles aseveraciones.

La primera de ellas, que a la Sertoriana no se le podía denominar sertoriana. Por su formación, no era posible que, salvo añagaza o mala intención, lo espetara por la falta de conexión temporal entre Quinto Sertorio y el privilegio real de 1354. Que el fabuloso batallador y erudito romano no pudo susurrarle al oído al Ceremonioso la conveniencia de otorgar la exclusividad universitaria es cuestión de pura ley existencial. Y, sin embargo, negar la aplicación del calificativo por tal circunstancia sería como negar a la de Caracas el nombre de bolivariana a pesar de que transitaron 170 años entre el fallecimiento del apodado El Libertador y la erección del centro de enseñanzas superiores.

Quizás el intrépido intérprete pudo acomodarse a la doctrina de Gaspar Hortigas de que Sertorio, en realidad, no cayó en Osca sino en un punto de Andalucía, Huéscar, contraviniendo la certeza histórica generalizada de la academia creada por el general romano en Huesca, hacia el año 76 antes de Cristo. “Surgió un sabio romano llamado Quinto Sertorio”, proclama Macario Olivera, que asegura que enseñaba lengua y cultura griega y romana junto a la actividad física.

Una segunda invectiva refiere la falta de actividad en las primeras décadas desde la concesión del privilegio universitario. La realidad histórica contesta por sí misma. Dos años antes, había concluido la brutal peste que en Europa

acabó con entre 30 y 40 millones de personas. Los recursos, incluso los de la casa real, no eran los idóneos para poner en marcha todas las materias y la evolución fue paulatina. En todo caso, de los primeros siglos la documentación es insuficiente.

Una tercera inexactitud mal intencionada: el supremacismo legitimador de la Universidad de Zaragoza respecto a la de Huesca. En tal cuestión, nada mejor que leer el libro “El proceso universitario entre Huesca y Zaragoza. Siglo XVI” de Francisco Bartol Hernández. Tras el privilegio de Carlos V a Zaragoza en 1542, Huesca proveyó recursos para defender la exclusividad universitaria. Felipe II nombra comisarios para la resolución judicial y ahí comienza el litigio. Huesca confía la defensa al reputado Martín Monter de la Cueva, cuyo alegato se titula “Defensa jurídica de la muy vetusta ciudad de Huesca con la Fundación de la Universidad de Zaragoza para el estudio de todas las disciplinas”. Estima que el monarca no tiene potestad y que además fue engañado con “deslealtad e incumplimiento del juramento asociado al privilegio de Pedro IV”.

La causa de “Caesaraugusta no es honesta, justa ni útil”. Utiliza Monter de la Cueva los mismos “argumentos proverbiales” del Ceremonioso, como un “lugar ameno, idílico, con una huerta fértil. La tierra oscense debe ser considerada porque produce abundantes frutos en todas partes. Además, por el clima suave, el invierno no es largo y está cerca de las montañas. Contribuye a la salud de los oscenses”. Y apela a la hospitalidad oscense, para concluir que Huesca tiene atributos similares a Bolonia.

Por el contrario, Zaragoza apela a la validez de Carlos V y las bulas papales, valora el pago generoso a los profesores por la fundación de Pedro Cerbuna, apelan a la utilidad pública, privada y particular, defiende que “el estado cristiano ha de estar gobernado por hombres sabios” y niega que Sertorio estuviera nunca en Huesca, mientras resuelve que Zaragoza es la ciudad por excelencia del Reino de Aragón, “famosa porque la fundó César Augusto” y por “la aparición de la Virgen del Pilar”.

La sentencia del tribunal instituido por Felipe II da la razón a Huesca e invalida el privilegio de Monzón, por lo que no permite implantar el Estudio General en Zaragoza.

Por su cuenta y riesgo, al más puro estilo actual sin Waterloo ni Puigdemont pero con la misma deslealtad, Zaragoza no reconoce el tribunal de Felipe II y en 1588 reinstaura los privilegios de Carlos V.

Aunque tardara unos siglos, Martín Monter de la Cueva ya alertó entonces del riesgo. “Si las personas desaparecen, la ciudad desaparece. Si admitimos que haya otra universidad en Aragón, distinta, desaparecerá el Estudio General”.

Una cuarta maledicencia vigente en determinados ámbitos es la circunscripción de todo el currículo universitario de la Sertoriana a la Teología. Más allá de que negar la relevancia de la Iglesia en la educación, tanto en la superior como en la primaria y la secundaria, durante siglos constituye un abrazo a la ignorancia, supone una falsedad desde el origen hasta el final. Además de los estudios aludidos hasta ahora y de los perfiles de los grandes personajes que ejercieron la docencia o la tomaron en la Universidad de Huesca, recordar que Pedro IV dispuso ya las facultades de teología, leyes, medicina, artes y filosofía.

Y basta una simple lectura de las actas de cualquier curso o la edición facsimilar de los Estatutos de la Universidad y Estudio General de la Ciudad de Huesca de 1723 con estudio introductorio de José María Lahoz, donde se contempla que, continuando los de 1599-1601, el número de cátedras era de 5 de Teología, otros tantos en Cánones y en Leyes, y 3 en Medicina, en Artes y en Gramática.

La quinta se concentra en el presunto declive económico que habría motivado el cierre de la Universidad Sertoriana. Más allá de las convulsiones como la Guerra de Sucesión que afectaron a varios estudios, la recuperación tras las reformas de Felipe V fue un hecho y alcanzó momentos de gran esplendor. El Plan Calomarde de 1824, con un carácter uniformador, secularizador, añadió su rigidez conceptual a la guerra de los Siete años y las medidas desamortizadoras, por lo que la financiación se repartía entre el alumnado y la administración. Tras la clausura de los Colegios de Santiago y San Vicente, anteriormente Santa Orosia, en 1845 se aprobó el Plan Pidal que supuso el cierre de la Universidad de Huesca, un gran perjuicio a la ciudad y el inicio de una tristísima senda hacia el olvido.

A la pena intrínseca de la desmemoria, se suma toda esta sucesión de noticias falsas en tiempos de posverdad.

En el concepto explícito de noticias falsas o fake news, se halla la intencionalidad negativa para una parte y provechosa para la propia. Lo explicitó ya hace décadas un visionario, Ryszard Kapuscinski: “Cuando la información comenzó a ser un negocio, la verdad dejó de ser importante”. En este entorno de la inmediatez y del individualismo, provocan un peligroso círculo de desinformación y contribuyen a la denominada posverdad: cuando la objetividad cede terreno a las interpretaciones cimentadas en las emociones o los sentimientos. De este modo, la mentira se presenta como un atenuante en beneficio de la conveniencia.

La nueva teoría de la comunicación, que se potencia con las redes sociales masivas, pero también se alimenta en redes sociales comunitarias donde la generalización y la desinformación se comunica boca a oreja, supera la vieja clasificación de los contenidos entre periodismo, publicidad y propaganda. Antaño, una aberración deontológica era presentar en formato informativo lo que era opinión. Hogaño, el mestizaje hace que la propaganda pierda sentido legítimo por la irrupción de la posverdad, y las medias mentiras hoy son falsedades enmascaradas con la complicidad de audiencias nihilistas, despreocupadas, acríticas.

“Hay que hacer creer al pueblo que el hambre, la sed, la escasez y las enfermedades son culpa de nuestros opositores y hacer que nuestros simpatizantes lo repitan en cada momento”

Esta expresión es de Goebbels y hoy apenas se reduce a la minimizada actividad política. En 2025, los ámbitos donde se ejerce la influencia trascienden el parlamentarismo y la gobernanza, como explicita sobrecededoramente el coronel Pedro Baños en El Dominio Mental.

En el asunto que nos ocupa, podemos pensar que los negacionistas tienen tres posibles fines. Uno, como el rector Jorge Sichar o sus acólitos, medrar en reputación y sueldo dentro de las estructuras universitarias de hogaño. Dos, cerrar las puertas a cualquier veleidad como la pretensión de una Universidad del Alto Aragón en los años 90.

El tercero es más inquietante. Es la aplicación de la Teoría de la Estupidez que acuñó Mario Cipolla en su Allegro ma non Troppo hace casi medio siglo. Consiste en que la menos productiva de las decisiones es la guiada por la

estupidez, porque en la maldad hay una transmisión de bienes, aunque sea con fines perversos, igual que en la bondad productiva. En la estulticia, el mal se ejecuta sin rédito alguno en ningún sentido. Es la circulación cero. Créanme que esta explicación de algunas atrabiliarias ofensivas contra la Sertoriana no es desdeñable. Como la chanza festiva, si los tontos volaran, todos los días estarían nublados.

STUDIOSI ASERTIVO

Me admira realmente la serenidad con la que mis compañeros de Studiosi, hoy lo puedo decir porque hace meses tuvieron la bondad de incorporarme a la causa, toman algunas de estas invectivas. Los prejuicios acompañados de fake news.

Me recuerdan el recurso publicitario de la prueba del algodón. No engaña.

Historiadores, médicos, abogados tan sesudos acostumbrados al rigor, a la documentación y a la lectura de cada episodio y personaje de la historia y de la intrahistoria, como acuñaría Unamuno, dejan de lado cualquier distracción. Es, si me la expresión, el hilo de continuidad bajo un prisma: la Asociación Studiosi pro Universitate Sertoriana asertiva.

Sin tiempo que perder, desde hace tres años han concebido la oportunidad que representan las tecnologías y, de paso, han enriquecido las páginas internetianas de EL DIARIO DE HUESCA con sus aportaciones. De manera metódica pero no necesariamente regular, porque esto no es dar un chasquido y obtener el fruto de una investigación para la divulgación, han ido aflorando a la disposición de los saberes y de la educación las circunstancias y los personajes que han recubierto la identidad de esta ciudad.

En esa asertividad, que no es sino la seguridad de quien trabaja con un bueno objetivo, se enmarca el futuro libro coral *La Huella de la Universidad Sertoriana*, en la que todos estos sabios han expuesto cuestiones como la figura de Quinto Sertorio, el Privilegio del Rey Pedro IV concedido a la ciudad de “hombres honrados”, los cargos de la Universidad de Huesca, los Consejos y Claustros, los primeros Institutos incorporados, el sentido y valor de los libros en la Sertoriana, la Colegiación de Médicos Sertorianos en los siglos XVI y XVII, la Alquimia, el Café en la Sertoriana, el neoplatonismo oscense en el Renacimiento, las aportaciones al Teatro del Siglo de Oro con el Entremés de Don Pantaleón de Mondapozos, la presunta y no real

decadencia, la Herencia de la Universidad de Huesca en el IES Ramón y Cajal y la ciudad que fue de célebre Universidad que ha heredado el empaque cultural.

Cualquier oscense encontrará en la lectura de los prodigios sertorianos a personajes que tomar como ejemplo. Baltasar Gracián y su prolífica estancia en Huesca con su inseparable Vincencio Juan de Lastanosa, Juan Huarte de San Juan y su “Examen de Ingenios para las Ciencias”, el profesor Pedro Malón de Echaide que fuera cabalista de reputación mundial, el jurista litigante por Huesca Martín Monter de la Cueva, Diego Vincencio de Vidania y su huella en Nápoles, Catalá y Ceveiro con su “Devoción de la Buena Muerte”, la influencia de Nebrija, el doctor Miguel Zurita de Alfaro, los mercedarios de Huesca que desembocaron como obispos en Cerdeña, el virrey Jaime Ximeno de Lobera, el cronista Diego José Dormer con su Defensa de la Patria del Invencible Mártir San Laurencio, Vicente de Heredia y Alemán y su trazado de la frontera de los Pirineos, el innovador doctor Francisco Carbonell, Pedro de Santa María y Abengoechea y su destino en el Cabildo de Arequipa, José Parés y Franques que fue pionero en la medicina laboral en España, Victorián de Villava y Aibar que fundara la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País y terminara en Sudamérica, el polifacético Clavera Oncins, el rector Severo Andriani Escofet, Joaquín Abarca y Blanque que recibiera el Toisón de Oro, el político y periodista Francisco García López, Juan de Sada y Gállego que fue renovador de la Trapa, Francisco Ventura de la Sala y Abarca con su glosa de las órdenes militares; y la relación de profesores en la vida pública, Militar, judicial y eclesiástica enumerados por Laura Alins,

Estos son personajes que aparecen en La Huella de la Universidad Sertoriana, donde se incide en la parte final, cerca de ese 1845 en que irrumpió un personaje “heredero” como es Ramón y Cajal, o la continuidad del Tota Pulchra y el colofón, que no podía ser otro que el rector Jorge Sichar y las palabras precisas y rotundas de Macario Olivera.

La maravillosamente febril actividad de los Studiosi y particularmente de Bizén nos ha traído personajes increíbles, el último Antonio Allué y Sessé, patriarca de las Indias Orientales y azote de franc-masones. Es la última incorporación de personalidades después de Juan Bernal Díaz de Luco al que algunos atribuyen el Lazarillo de Tormes, Domingo de Lobera y su Catecismo Rural, Orencio Antonio de Santolaria y Ramírez que propagó la

vacuna antivariólica, Andrés Lasauca que fuera uña y carne con Jovellanos, el médico y publicista Antonio María Herrero, el obispo Pablo Sichar, el profesor Pablo Santafé de Otamendi, Dionisio Blasco y la Segunda Escolástica, Olóriz y Nadal, la familia Azara de la que hubo al menos ocho estudiantes... Y Miguel Servet, que estuvo en la Abadía de Montearagón en tiempo de la Sertoriana aunque no consta documentalmente su matriculación universitaria.

UNA OPORTUNIDAD

El intruso va llegando a su fin, y mientras preparo estas líneas recuerdo la recuperación de esta celebración de San Lucas con las magistrales lecciones de Sergio Paúl y Laura Alins, que establecieron con su autoridad que la Universidad Sertoriana de Huesca fue de “champions”. Es más, como gusta recordar a Pablo, todavía está entre las primeras en longevidad pese a haber desaparecido hace 180 años.

En estos tiempos de máximas, hemos escuchado a muchos pensadores asegurar que los desaparecidos se proyectan hacia el futuro en la memoria de quienes los mantienen presentes.

Precisamente desde este pensamiento concibí la Universidad Sertoriana de Huesca una oportunidad en varios sentidos. Una ocasión para proclamar el Humanismo que en estos tiempos constituye una necesidad existencial para esta sociedad, y asociarlo a nuestra capital. Un baluarte sobre el que sostener el patrimonio de Huesca. Un recurso inagotable para establecer un relato turístico sólido, asentado sobre 491 años de saberes, que no es bagaje al alcance de muchísimas ciudades. Un motivo para apuntalar la identidad, para sentir el orgullo de ser oscenses, para enaltecer el ánimo cada vez que se cite a uno de esos grandes personajes o cualquiera de los grandes hitos de nuestra universidad, para establecer un acervo insuperable.

Todos estos Studiosi, Pablo, Bizén, Paco, Antonia y Antonio, Laura, Sergio, Mariano, Rosa, José Luis, Ramón, Mariano, José María... han conseguido crear un cuerpo de conocimiento histórico colosal, admirable, riguroso y objetivo.

Esa es una misión cumplida aunque su construcción continúa con nuevos descubrimientos. Estamos en una época definida perfectamente por Daniel Kahneman, el autor de *Pensar Rápido, Pensar Despacio*. Los Studiosi nos

han entregado la oportunidad de tomar las decisiones colectivas de Huesca e individuales de cada persona de acuerdo con el Sistema 2, que es el de la lógica, la deliberación y el esfuerzo. Ha de ser finalidad que el Sistema 1, el rápido, el intuitivo, el automático, el que dispara la serotonina y la oxitocina por la identificación emocional con la identidad colectiva, se dispare automáticamente en cuando se escuche la expresión Universidad Sertoriana de Huesca. Que fluya el sentimiento con su sola mención, y que inspire las políticas públicas para llenar los espacios del relato sertoriano con hitos y leyendas, empujadas por la sociedad civil que marca la altura y la salud ética de una sociedad

Si lo conseguimos, es probable que se produzca ese estímulo que salvará la civilización que es la lectura, porque leer constituye la mejor forma de concebir la riqueza de la vida dibujada en matices.

Como expone mi admirado Nuccio Ordine en *La Utilidad de lo Inútil*, el arte está en todo lo bello y en todo lo auténtico, aunque no resulte pragmático. La trascendencia va por otros derroteros y la libertad debe su sentido a Miguel Servet y a la Sertoriana. Estos han sido mis cánones. He dicho.